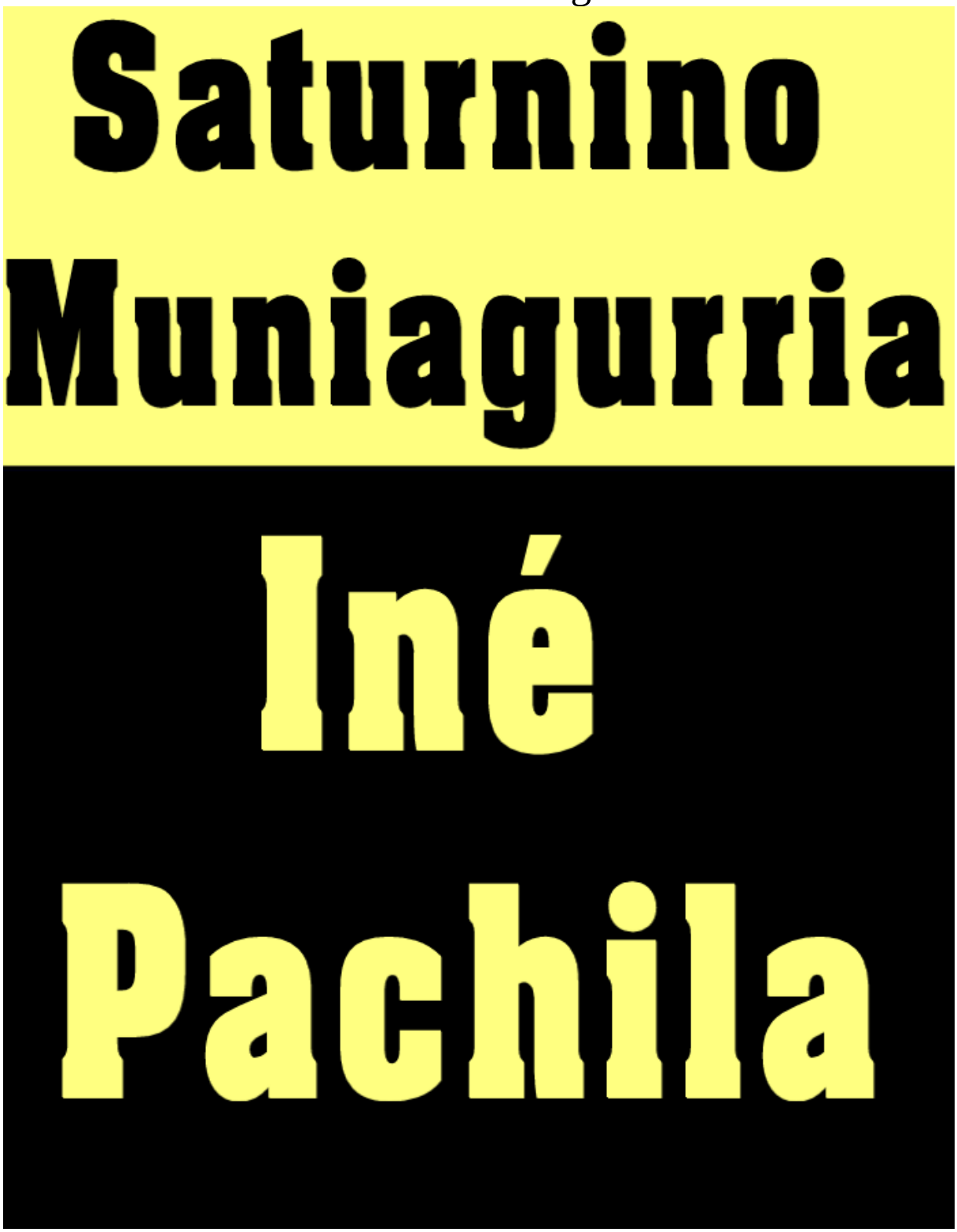
Iné Pachila
Saturnino Muniagurria



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

DEL LIBRO

CUENTOS E HISTORIETAS

CORRENTINOS

El tren que me conducía a Corrientes en viaje de Goya se detenía en Mantilla, punto en el que había que hacer un cambio de coches. El tiempo empleado en esa operación era más o menos de una hora, y los pasajeros lo emplearon en comer ya sea lo que previsoramente trajeron consigo, ya lo que pudieran adquirir en compra, de algún vendedor ambulante, pues el tren no arrastraba coche comedor. Yo figuraba en el número de los últimos, aunque a decir verdad lo que necesitaba no era comer, sino ingerir alguna bebida fresca que calmara la sed ardiente que sentía y no podía matar en el tren, dado que el agua que allí se servía estaba tibia y no tenía nada de limpia. Me enseñaron un local donde se servía una cerveza relativamente fresca, y allí me encaminé. Dije exprofeso local y no casa, porque aquello tenía de todo menos de. lo último. Se trataba de una instalación provisoria formada por chapas de zinc dispuestas en bendito. Una lona toda agujereada la protegía contra el sol y el aire, por detrás. El frente se hallaba formado por cajones vacíos apilados, y la puerta, de quita y pone, era de dos tablas unidas, que asentadas sobre caballetes hacían de mesa durante el día; restituídas a su sitio, de noche, se las aseguraba por medio de un cable que pasando por el ojo de la cerradura, era después atado a la pata del catre que servía de cama. Una silla y una mesa completaban el ajuar. En cuanto a la palangana, no la había. El dueño iba a lavarse una vez por día en una de las canillas al servicio del ferrocarril. En el lado opuesto al catre, una estantería improvisada con tablas de cajones, agrupaba en su interior los objetos más variados, ordinarios casi todos, pero que por lo mismo eran fácilmente negociables, dado que la escasez de medios de los habitantes del lugar no les permitía adquirir otros mejores. Entre el mobiliario y la mercadería, pen días sostenidos en tiras de alambre, sartas de butifarras y chorizos, que destilaban en, gruesas y pesadas gotas, la grasa extravasada por el exceso de calor. Aquellos chorizos eran famosos, tanto como quien los fabricaba. Como que se trataba de Pachila, el hombre más popular de Mantilla. En Italia fue cuidador de cerdos y en la Argentina aprendió la ciencia de transformarlos en apetitosos productos, sin desperdiciar la más mínima porción. Los empleados de la playa del ferrocarril tenían que turnarse para comprarlos, pues únicamente así podían dar abasto. Tan pronto como Pachila me vio llegar, me ofreció uno que chirriaba en la parilla; los vendía también asados.

-Son fresquitos y están a punto - me dijo.

Pero yo, simulando no haber oído, le señalé una tina que a medio llenar de agua enfriaba a la sombra de un paraíso algunas botellas de cerveza. No necesitó que le pidiera una, pues adivinándome en los ojos el deseo, me sirvió un vaso, que antes repasó con su sucio delantal. Hablaba una jerigonza compuesta de italiano, castellano y guaraní, difícil de entender; pero él todo lo aclaraba acompañando las palabras con ademanes y gestos que completaban su significado.

Antes de despedirme me entregó una tarjeta impresa en Corrientes, en la que se leía:

Casa PACHILA - Mantilla
Ramos generales
Especialidad en chorizos, butifarras y mortadela
Ferretería - Ropa para mujeres y hombres
Cerveza fresca a todas horas

No pude menos que soltar la risa. ¿Cómo podían caber tantas cosas en aquel tugurio?

***

No regresé a Mantilla sino diez años después. Hice el viaje en automóvil y como no tuve un motivo que me llevara a la estación, creí que no volvería a ver a Pachila. No fue así sin embargo. Me detuve en la esquina de la plaza a preguntar a unos chicuelos que jugaban a las bolitas, dónde podía parar. Me indicaron una casa de azotea, de construcción maciza, situada del otro lado de la plaza, semioculta por varios paraísos que sombreaban la acera. Aquel era el hotel; el único que poseía el pueblo. Me dirigí a él, no sin dificultad, pues las calles eran excesivamente arenosas y las ruedas del vehículo patinaban que era un gusto. La última cuadra tuve que hacerla caminando, acompañado por la banda de muchachos que jugaba a las bolitas, y que entre jugar a éstas y empujar el auto, que yo manejaba de a pie, optaron por lo último. El hotel se hallaba situado en una esquina y ésta formaba ochava. La ocupaba toda, la puerta de entrada, a la sazón abierta de par en par. Sentado en medio de ella, en una silla de paja tan baja como ancha, se veía un hombre. Sus piernas desbordaban a los lados -tan gruesas eran que obstruían por completo la entrada-. El resto del cuerpo estaba en proporción. Pero sobrepasaba con mucho a ese resto, el vientre, tan desarrollado que rebasaba la faja que lo sostenía, y formaba un pliegue sobre su parte superior.

-Adelante, señor - me dijo el hombre de la silla, mientras se levantaba y salía a la calle, pues de otra manera no hubiera podido darme paso.

Mientras entraba al hotel, siguiéndolo, pues había hallado la forma de escurrirse por un lado para guiarme, oí detrás de mí una voz -la de un pasajero- que me advertía: -¡Cuidado, señor! mientras me indicaba con el dedo lo alto del zaguán. Alcé la vista y observé que lo llenaba un zarzo repleto de quesos. Merced a esta advertencia pude eludir las gotas que desprendiéndose de ellos me hubieran manchado el traje. Dichas gotas provenían -según después se me explicó- del suero almacenado en los quesos recién apretados, mezclado al aceite que contienen los cocos de las palmas, que sirven de alimento a las vacas, cuya leche se emplea en su fabricación.

El patio era cuadrado y sobre él se abrían las puertas de las habitaciones. Los muros carecían de reboque, pero en cambio el piso era de mosaicos y las aberturas estaban recién pintadas.

Como me viera observar el conjunto, exclamó:

-No es posible hacerlo todo a la vez. Empecé por afuera porque lo primero es la presentación. Lo que más luce en el animal es el cuero.

Creí reconocer aquella voz.

-Parece conocerme -agregó-. ¡No es extraño! ¡He tratado a tanta gente!

-Efectivamente.

-Aunque no siempre fue la misma. Antes sólo lo hacía con peones. Actualmente mi clientela está formada de viajantes de comercio y estancieros. Éstos se hubieran resistido a entrar en la casillita de zinc que fue mi primer local.

Recordé entonces.

-Vd. es Pachila -le dije-. Por fortuna o por desgracia figuro en el número de los últimos, pero eso no impidió que en un día de mucho calor, vaciara en el lugar que dice, un vaso de cerveza servido por Vd.

Me presentó a su mujer: una china retacona, de nariz aplastada, labios gruesos, boca ligeramente oblicua y ojos que no obstante su pequeñez acusaban voluntad y resolución. El pelo cerdoso y desprovisto de brillo, le caía a los lados de la cabeza dividido en dos largas trenzas. Como las llevaba echadas adelante, producían el efecto de un marco rústico encuadrando el rostro antiguo de algún fetiche.

Por el pasajero, gracias a cuya intervención mi traje salió ileso, conocí después algunas intimidades de la vida de este matrimonio, no exentas de interés y que reproduzco porque arrojan una luz sobre el desenlace.

Según me refirió no se llevaban del todo .bien. Él era de genio ligero; levantaba la voz con cualquier motivo, pero en el fondo era débil. Su mujer lo dominaba. Podía gritar cuanto quisiera -era un desahogo que le consentía-, pero siempre concluía por hacerse lo que ella

disponía. Las peleas sobrevenían principalmente porque Pachila, a quien le había costado años amasar su fortuna, no soltaba así nomás el dinero, en tanto que ella era gastadora -viajes a Corrientes con el pretexto de renovar la mercadería, joyas, ropas de buena calidad-. Además, le gustaban un poquito los hombres... Pachila solía tronar su rabia, pero desde detrás del mostrador y sólo después de haber corrido el cerrojo de la puertita que lo separaba del salón. Ella se reía de verlo tan cobarde. Interiormente, sin embargo, lo perdonaba; al fin y al cabo era su marido, la había recogido del arroyo y proporcionado la comodidad y el bienestar de que ahora disfrutaba.

Con el transcurso de los años, la fortuna de Pachila acreció. El hotelucho se transformó en hotel, y éste en residencia de estancieros y viajantes. Su mujer, la china petisa y aindiada, le dio algunos dolores de cabeza, pero también varios hijos varones, lo cual para Pachila también era una riqueza, pues los hacía trabajar a la par suya. Sólo él no cambió: la misma ordinariez, la bufonada que hiciera reír al cliente, la copa de caña o de cerveza bebida con él en una mesita a la entrada del hotel, el cigarro de tabaco fuerte siempre entre los labios que el abuso de la bebida empezaba a abotagar. Ahora eran los hijos los que trabajaban por él. Se limitaba a dirigirlos. Sentado en su silla de paja, que conservaba como una reliquia, con los brazos cruzados sobre el vientre cada vez más abultado, se pasaba las horas. ¿En qué pensaba? En nada. 0 quizás pensaba en algo: en lo que esa mañana o esa noche debía comer. Porque la glotonería era su principal defecto; glotonería fomentada por su oficio de chanchero. ¿Sobraban embutidos por falta de consumidores? Pues engullirlos antes que se echaran a perder.

***

A continuación transcribo una carta que recibí de un amigo, en contestación de otra mía en la que le pedía me diera datos -lo más exactos que le fuera posible- sobre la muerte de Pachila, pues circulaban acerca de ella rumores extraños. Le pedía, además, me suministrara cualquier otro antecedente que juzgara de importancia relacionado con la vida del nombrado. Le contaba que me hallaba a la sazón escribiendo un libro de cuentos correntinos inspirados no en la ficción, sino en hechos reales, cuentos que dieran una : idea no sólo de los hábitos propios de los habitantes de la provincia -principalmente de su zona rural- sino también de los escenarios que les sirvieron de teatro. ¿No me brindaría la vida y muerte de Pachila argumento para uno de ellos?

Estimado amigo:

Mucho de bueno y de malo se ha dicho sobre Pachila. La verdad está en el término medio. Si la historia juzga a aquellos que han merecido ocupar un sitio en sus páginas, por el saldo favorable o desfavorable, que resulta de sus actos ¿por qué en nuestra vida de relación hemos de juzgar con distinto criterio a aquellos con quienes nos codeamos? Cierto es que Pachila se portaba en sus negocios como un negrero, extrayendo la última gota de jugo a quien podía. Pero queriendo enriquecerse a toda costa -lo que no puede reprochársele- y careciendo de la inteligencia necesaria que le permitiera elegir uno, entre los tantos medios que existen para lograrlo decorosamente, no tuvo más remedio que optar por el único que estaba a su alcance: la explotación. Cierto es que su hotel no pecaba de limpieza, pero no observándola en su persona ¿cómo exigírsele en lo demás? Finalmente se le echaba en cara su mezquindad. Se decía: "Peso que cae en su mano no sale de su bolsillo". Eso es cierto, pero sólo hasta por allí, pues si era mezquino con los extraños, no pudo ser, sobre todo durante sus últimos años, más generoso con los suyos. Sus hijos lucían buenas ropas, frecuentaban fiestas que ellos costeaban, y perdían -o ganaban- en las carreras de caballos fuertes sumas de dinero. En cuanto a su mujer, se daba el lujo de encargar sus vestidos en Corrientes, y sus chafalonías -no me atrevo a llamar joyas- deslumbraban los ojos de los mantillenses. No quedaría en pie

sino su glotonería, pero hay defectos mayores, que suelen pasar desapercibidos, fuera de que pagó tal defecto con la vida, y que por lo tanto dejó su deuda. saldada.

Veamos ahora el bien que hizo. Yo me pregunto: ¿qué hubieran bebido diez años atrás los pasajeros del tren que iba a Corrientes, si no hubiera existido el despacho de bebidas de Pachila, con su media tina de agua y las botellas de cerveza puestas en ella a refrescar? Hubieran muerto de sed. Cuando Mantilla pasó a ser un pueblo de alguna importancia, ¿dónde hubieran ido a parar los estancieros que tenían sus establecimientos en las inmediaciones y los viajantes de comercio que afluían a buscar colocación a las mercaderías que ofrecían, y que no era posible obtener de otra manera, dónde, preguntamos, sino en el hotel de Pachila? Por tanto, juzgo: que si su vida no lo hizo acreedor a una estatua, tiene por lo menos derecho a exigir que los hijos del pueblo al que benefició en tal forma, respeten su memoria.

Me pide en su carta le diga, cómo en el breve lapso de tiempo transcurrido entre la fecha en que Pachila vivió en la Estación y la de la fundación de su hotel, pudo amasar la cuantiosa fortuna que se le atribuía. La respuesta es sencilla: haciendo lo que a nadie se le había ocurrido hacer hasta entonces: criando cerdos para faenarlos después y vender sus productos. Los palmares inmediatos estaban llenos de ellos, y en cuanto a la obra de mano, no le costaba nada, puesto que él trabajaba en persona. Esto no fue sino el primer paso, consistiendo el segundo en la compra de quesos al por mayor, que curados de acuerdo con un procedimiento de su invención, los vendía después en Corrientes.

Aquí conviene hacer una aclaración, y es que sin la colaboración de su mujer, poco o nada hubiera conseguido. Porque si él era el brazo, ella era la inteligencia y la voluntad. Ella era la que mantenía el orden cuando los clientes se tomaban de palabras y de las palabras pasaban a los hechos; la que sacaba del brazo a los que se emborrachaban; la que cuando se planteaba un nuevo negocio o se discutía un problema de familia, imponía la solución. Podía perdonársele entonces sus despilfarros. Gastaba de lo suyo, puesto que había contribuido a producirlo.

Sólo me falta referirle cómo ocurrió la muerte de Pachila y las circunstancias en que se produjo. Se ha dicho que murió envenenado. No es cierto. Yo era uno de los comensales del hotel cuando ocurrió el deceso, y puedo dar fe de ello. Los hechos ocurrieron de la siguiente manera:

El día anterior al de su muerte fue el de su cumpleaños, y para celebrarlo preparó él mismo una gran fuente de ravioles que condimentó abundantemente con ajo, ají picantes, rebanadas de chorizos, pimienta y otros ingredientes. Completaba el menú una costilla de cerdo al horno. Todo abundantemente regado con vino Carlón. Cuando se sentó a la mesa no se sentía ya bien. Lo que no obstó a que repitiera los ravioles. Apenas si probó el chancho -estaba aburrido de él-, pero abusó del vino. Él solo se vació un par de botellas. No pudo conciliar el sueño durante la siesta, y como sentía sed y el agua no le satisfacía, eligió la mayor de las sandías que con destino a la venta permanecían amontonadas bajo el corredor, cogió un cuchillo y sentándose en 'el borde de la vereda, la partió por el medio, comió una mitad y no sintiéndose satisfecho, atacó a la otra. Permaneció después sentado en el lugar en que se hallaba, como adormilado. Una fuerte puntada en la boca del estómago, fue el primer aviso del ataque que se venia preparando. La sandía y el vino son como la pólvora y el fuego. Asociarlos es provocar la explosión. Fue necesario llevarlo a la cama de un brazo. Los genioles lo calmaron al principio, pero después no produjeron efecto. La fatiga fue en aumento. Mientras la curandera salía por una puerta el cura entraba por la otra. Murió en la madrugada del siguiente día. Al principio todo fue confusión, pero no tardó en restablecerse el orden: la Pachila estaba allí, para vencer las dificultades a medida que se iban presentando. El cuerpo fue colocado en un catre y cubierto con una sábana. Los hijos fueron a ver al único carpintero de la localidad, para que fabricara el cajón. El cura de la parroquia cedió los candelabros de la iglesia, pues fuera de haber sido Pachila sumamente religioso, correspondía honrar su sepelio con la pompa a que su actuación en vida le daba derecho. La mayor

dificultad que hubo que vencer fue la del cajón. El cuerpo, principalmente el abdomen, era excesivamente grande para que las pocas tablas que se habían encontrado alcanzaran a contenerlo; fue necesario completarlo con otras extraídas de cajones que contuvieran mercaderías. Colocado el cuerpo en el ataúd, fue trasladado al salón principal y colocado sobre la mesa de billar. La casa, mientras tanto, se fue llenando de gente. Con tal de beber, caían hasta los enemigos. En medio del patio, sobre una mesa, se alineaban las botellas que desde los estantes habían sido trasladadas allí para ser servidas a la concurrencia. Como el cajón permanecía abierto, alguien, que estaba sentado junto a él, observó que el abdomen del muerto, debido sin duda a la dilatación proveniente de los gases, había crecido, sobresaliendo algunos centímetros del ataúd. Rato después, el fenómeno había sido observado por otros. A la madrugada la hinchazón se hizo tan visible que los deudos ante el temor de que siguiera aumentando, y después no pudiera cerrarse el cajón, resolvieron colocarle la tapa, depositando sobre ésta la pesa de diez kilos de la balanza de pesar cueros. Esperaban que el vientre descendería poco a poco, logrado lo cual clavarían el cajón. Las formalidades que hubo que llenar: permiso de la Municipalidad para efectuar el entierro, invitaciones, y más que nada, la dificultad de dar con el vehículo apropiado para transportar al muerto, demoraron la partida hasta mediodía. A falta de coche fúnebre se contrató un carro recién terminado, que a la espera de que el dueño lo retirara, permanecía en la carpintería. Atrás, algo separado, marchaba el cortejo. Previsoramente así se había resuelto, pues aunque el carro avanzaba al paso de los caballos, era tal la polvareda que levantaba y esparcía el fuerte viento reinante, que de cerca no hubieran podido seguirlo. Al polvo se sumaba el calor insoportable que hacía, proveniente no sólo de un sol implacable, sino de la arena que llenaba el camino caldeado por los rayos de aquél. La distancia entre el pueblo y el cementerio es más o menos de media legua. Habrían hecho la mitad de este recorrido, cuando el carro se detuvo. He aquí lo ocurrido: "el conductor, guiado por cierto ruido sospechoso que escuchó detrás, había vuelto la cabeza. Constató lleno de terror que la tapa del cajón había saltado -los gases tuvieron la culpa-, y que el ruido sordo que había escuchado, provenía de los clavos al saltar de su lugar. Soltó las riendas, bajó del carro y corrió al encuentro del cortejo. Llegó sin aliento; le temblaban las manos y sus ojos reflejaban indecible terror.

La Pachila lo abordó de inmediato.

-¿Qué ha pasado?

-Iné, inesito[1] Pachila.

-Con todos los muertos pasa lo mismo.

-Iné demás.

-No es motivo para quedarse en medio camino.

-Es que se revienta el cajón.

Fue como si estallara una bomba. Varios, sin mayor consideración a los deudos, dieron media vuelta y regresaron.

-Trataremos de remediarlo - replicó la Pachila, y tras de pasear la mirada sobre los que formaban el cortejo, como inquiriendo hasta qué punto podía contar con su ayuda, se puso de nuevo en marcha seguida por los que quedaban.

Llegaron por fin. Pudieron los caballos haber disparado al sentirse libres de todo gobierno, pero el carro estaba allí, firme, como si le hubieran clavado en el suelo.

-Subí -dijo al conductor, a quien había obligado a marchar adelante-. Tenés que clavar de nuevo el cajón.

-No me animo. La olor me va hacer provocar.

-Siempre has sido un inútil.

Y agregó, dirigiéndose a sus hijos, que no lejos presenciaban la escena:

-Entonces tendrá que hacerlo uno de ustedes.

Como ninguno se moviera, -¡Cobardes! - les gritó. Arrebató al conductor el arreador que conservaba en la mano, y con el serio contraído y la mirada torva, avanzó hasta el carro,

[1] Hediondo, demasiado hediondo Pachila

dispuesta a treparse en él de una u otra manera. Observando que no podía hacerlo por detrás debido a la altura del vehículo, se aproximó a una rueda, apoyó un pie en uno de los rayos, colocó el otro sobre la masa y haciendo un esfuerzo, saltó al interior. A horcajadas sobre el cajón, se puso a balancearse suavemente. Debió notar cierta resistencia pues aceleró sus movimientos imprimiéndoles un ritmo violento. Los circunstantes, que habían vuelto el rostro para no presenciar la operación, se dieron cuenta de que ésta había terminado al dejar de oír los golpes aplicados con el mango del arreador a las cabezas de los clavos. Tuvieron que ayudarla a bajar. Estaba pálida y temblorosa, pero en su rostro podía leerse la satisfacción de haber vencido sola la dificultad. Puestos de nuevo en marcha no tardaron en llegar al Cementerio. Allí los esperaba otra sorpresa. Frente al pequeño panteón donde debían ser depositados los restos, se hallaba parado un hombre. Su aspecto no tenía nada de tranquilizador. Impresionaban mal su rostro picado de viruela, su mirada provocativa y el sombrero insolentemente volcado hacia atrás. Al verlo la Pachila había fruncido el ceño.

-¿Qué estará haciendo allí ése? - preguntó a uno de los del grupo.

-Se habrá adelantado a esperarnos.

Bajaron el cajón con dificultad, y como éste era excesivamente pesado y los que lo conducían debían además vencer la resistencia de la arena que llenaba el camino, llegaron al panteón con algún retraso. El hombre continuaba siempre allí, sin cambiar de actitud.

-Denos paso - le dijo la Pachila, mientras afirmándose en un pie golpeaba el suelo con el otro.

Por toda respuesta el hombre extendió los brazos cerrando el acceso al nicho.

-A buenas o a malas va a tener que hacerlo.

- No he de salir. El panteón es suyo y mío por mitades. Sabe bien que a su hermano Luchí le compré su parte.

-Si también es mío, puedo hacer el uso que quiera de él.

-No me opongo a que la entierren. Al contrario, sería para mí un placer. Pero no me va a meter aquí un extraño.

-¿Extraño mi marido?

-Vd. lo fue siempre para él; a lo menos es lo que se dice.

-Canalla.

- Mil gracias.

-Te vengás de haberte cortado el crédito en mi casa.

-Sin razón.

-¿Y los cuentos que le llevaste a mi marido, diciéndole que yo mantenía relaciones con otros?

-Ahora que ha muerto, con más razón.

Fuera de sí, la Pachila le dio una bofetada. El hombre reaccionó en forma violenta. La cogió por la cintura y trató de voltearla. Pero era una mujer morruda y sabía defenderse. Cayeron por fin, sin que aparentemente la ventaja estuviera de parte de uno de ellos. Forcejeaban abrazados, tratando cada uno de torcer debajo al otro. La arena que cubría el piso, removida por eI forcejeo, ascendía en espesa polvareda, cegando a los concurrentes. Sea que la sorpresa los paralizó o sea que observaron que la ventaja empezaba a definirse en favor de la mujer, el caso es que nadie se movió. Debieron estar totalmente absorbidos por la lucha para no haber notado la presencia de un agente de la policía montada. Pasando por allí vio la pelea y creyó que era de su deber intervenir. A duras penas consiguió separarlos. El hombre conservaba aun en la mano un mechón de cabellos arrancado a su contrincante, pero tenía en cambio toda la cara rasguñada.

El agente juzgando ser un sacrilegio trabarse en pelea en aquel sitio, ordenó con voz autoritaria:

-Marchen presos.

Y hubo que marchar no más. Cada vez que se detenían, hacía sonar el sable dentro de la vaina. Era un argumento suficiente, que los decidía a seguir.

Sometido el caso al Comisario, éste sentenció: que el asunto no era de su incumbencia, y que a quien correspondía intervenir era al Juez de Paz. Éste se escudó a su vez alegando: que desde que las partes interesadas no habían planteado ante él la cuestión, el Juzgado a su cargo no tenía porque intervenir de oficio. En su concepto, dada la naturaleza del lugar en que los hechos se habían producido, el asunto debía ser llevado ante el Cura de la Parroquia. Los cementerios son lugares sagrados, y como se hallan bajo la custodia de la Iglesia, todo cuanto en ellos acontece -con excepción naturalmente de los delitos -cae bajo su exclusiva jurisdicción.

Repechando el arenal llegaron a la casa del cura.

Éste confirmó lo manifestado por el Juez. Dijo a los detenidos que habían cometido una grave falta, a cuyas consecuencias no podían escapar. Existen -agregó- dos reinos: el de los muertos y el de los vivos; a los primeros pertenecía el más pequeño, cercado por los muros de los Cementerios; y el resto del mundo, a los segundos. Sobraba por tanto a éstos espacio para dirimir sus cuestiones, sin necesidad de ir a turbar la paz de los muertos, único bien de que gozaban aquí abajo. Agregó que el pecado que habían cometido era muy grande y que sólo podía ser redimido con la pena correspondiente; que como representante de Dios en la tierra, les aplicaba la de doblar la suma de cien pesos cada uno, suma que sería empleada en la reparación de los muros del Cementerio local, que como todos sabían se hallaban en ruinas. Invitados a hacer las paces estrechándose las manos, se negaron, pero abonaron la suma exigida.

Cuando ya obscurecido, la Pachila, toda trémula y llorosa, regresó a su casa, halló allí a sus hijos reunidos. Se asombró de verlos, pues los suponía en el Cementerio, custodiando los restos de su padre.

-¿Por qué han venido? - les preguntó.

Se miraron, bajaron la vista y guardaron silencio. -Les pregunto, ¿por qué han venido?

Por fin uno habló:

-Los que nos acompañaban nos fueron abandonando unos tras otros. La oscuridad iba en aumento. Vi brillar unos ojos como linternas en el fondo de un nicho abandonado. Podía ser un gato, podía ser una lechuza, pero asustado como estaba, pensé que serían los de un muerto y eché a correr, sin animarme a mirar atrás. Me detuve fuera ya del cementerio, al oír unas voces que me llamaban: eran los hermanos.

No por haberse negado a intervenir, el Comisario dejó de cumplir con su deber. Juzgando que él consistía en hacer respetar no sólo a los vivos, sino también a los muertos, envió a un agente a custodiar el cajón: no fuera que por la noche los perros cimarrones que infestaban los alrededores, forzaran la tapa y se comieran al muerto.

Una última consideración antes de terminar. Si Pachila fue útil en vida a su pueblo, lo fue mucho más después de muerto. Basta que a su nombre se anteponga cierta palabra en guaraní, para que se transforme en anatema. En efecto, cuando en un grupo de hombres se comenta un hecho particularmente desdoroso para su autor, no falta quien volviendo el rostro, exclame: Iné Pachila.